

Mahler en modo mayor

Mario Córdova



La inauguración de la nueva gran sala que sirve de sede a la Orquesta Sinfónica Nacional trajo las mejores respuestas acústicas y también una oferta programática de primerísimo orden, de alta convocatoria. En ésta se ha dado, y se seguirá dando, una sucesión de momentos estelares con verdaderos hits del repertorio sinfónico-coral, capaces de agotar entradas con semanas y meses de anticipación. Cítense la Sinfonía “Coral” de Beethoven, el estreno de “La fiesta de Baltazar” de Walton, “Carmina Burana” de Orff y el oratorio “El Mesías” de Haendel.

A la lista se agregó recientemente la Sinfonía N° 2 “Resurrección” de Gustav Mahler, obra cuya armazón sonora y extensión en tiempo superan la norma, con un final arrebatador que está anotado entre los más grandiosos que se hayan compuesto.

Notables interpretaciones ha tenido nuestro medio de tan magna sinfonía en tiempos cercanos, en 2020 y 2022, con otras agrupaciones y en otros recintos. El relevo que ahora tomó la Sinfónica Nacional trajo como invitado a Ira Levin, director estadounidense de reconocida actividad en la comarca sudamericana.

En sus casi 90 minutos de duración esta “Resurrección” mahleriana no debe entenderse como una concepción religiosa ni litúrgica, sino como una mirada que plantea la necesaria muerte para alcanzar luego una vida eterna. Esto se vuelca en cinco movimientos que se perciben amables y



Sinfonía “Resurrección” en sala nueva

melodiosos los centrales, flanqueados por un inicio y término muy distintos. El primero es brutalmente aterrador, con el acecho de la muerte y lo fúnebre, mientras el quinto se centra en la convicción de la resurrección. Sin quedar ajeno a grandes turbulencias esta conclusión se desplaza de la más serena paz hasta fuerzas arrolladoras de júbilo, con un final que eleva a la audiencia a alturas que sólo el alma humana puede manejar y dimensionar.

Sin aquellos vanos aspavientos histriónicos que suelen verse en el podio, la dirección de Levin fue de una gestualidad muy sobria,

de abundantes exigencias. Los mínimos desajustes de la crecida Sinfónica en la primera función fueron plenamente superados en la segunda, brindando en ambas una interpretación gloriosa.

En el canto solista que demanda la obra destacó la mezzosoprano Javiera Barros en el expresivo pasaje “Urlicht” (Luz primordial), seguida por la soprano Camila Romero. El Coro Sinfónico de la U. de Chile (85 integrantes), íntimo y también de exultante grandiosidad en los compases finales, coronó el regreso de esta monumental sinfonía.